

## “LAS RULAS”

En la oficina de farmacia hay días buenos, días malos y luego están los días “locos”. Nosotros, por suerte o por desgracia, durante un tiempo teníamos mucho de éstos últimos. Nuestra clienta más habitual, nos brindaba estos días bastante a menudo. No era una mujer mayor, al contrario, tenía menos edad que yo por esa época, pero lanzaba unos comentarios bastante viejunos para su edad. Siempre había vivido rodeada de gente mayor, quizá por eso aparentaba más edad de la que tenía. Ella, venía a por sus pastillas de forma bastante frecuente y cuando lo hacía, no dejaba indiferente a nadie. Nada más entrar por la farmacia ya iba diciendo a todo hijo de vecino que venía a por sus “rulas” como si de un personaje de la movida madrileña se tratara. Los clientes más veteranos le seguían la broma y le decían que ellos también habían cogido ya sus “pastis”. Esta “jerga” era extraña para nuestros clientes más neófitos pero pronto les tranquilizábamos quitándole importancia y dándole una pequeña explicación. Pero no quedaba ahí la visita de nuestra paciente. Como la mayoría de la población, ella ya era usuaria de la receta electrónica y convertía ese hecho en una auténtica fiesta revolucionando a toda la clientela de ese momento. Os contaré por qué: con la tarjeta en la mano dándole vueltas y bailando cual “chimo bayo” o cualquier personaje de la ruta del bacalao, dejaba la misma en el mostrador al grito de “a ver qué me sale este mes” haciendo movimientos de un baile electrónico inventado. El farmacéutico o farmacéutica de turno, en este caso yo, procedía a usar la susodicha tarjeta. Ella, mientras, haciendo un redoble de tambor en el mostrador y animando a la gente a que se uniera a su cántico, repetía “a ver si me toca el gordo, a ver si me toca el gordo”. Ya os digo, los nuevos clientes ponían cara de circunstancia mientras que los de toda la vida animaban su pequeña locura. En esos momentos la farmacia se convertía en un auténtico casino con sus tragaperras y con todos sus premios esperando “calentitos” en sus máquinas. Cuando le recitábamos la retahíla de medicamentos, si le gustaba el “combo” gritaba a todo pulmón “¡PREMIO!” y ella junto a sus fans, se ponían a aplaudir. Yo siempre intenté mantener la compostura y profesionalidad en todo momento pero he de confesar, que en alguna ocasión, esbozaba una sonrisita. Es que era todo un espectáculo. Había que vivirlo para creerlo, pero todos acabábamos alucinados de su actitud vivaracha y feliz a pesar de todas las dificultades que ella estaba pasando (que eran muchas). El

destino quiso, que además de este “sorteo mensual”, le tocara la lotería de navidad, no el premio más millonario, pero sí un “pellizquito”. Nosotros creemos que fue atrayendo la suerte con esas actuaciones tan recurrentes. La verdad que cada vez que venía, nos contagiaba su alegría e incluso celebró su buena fortuna muchas veces en nuestra compañía. Nos alegramos mucho por ella y por su saber sobrellevar los malos momentos y sacar siempre el lado bueno de todas las cosas aunque sean cotidianas y monótonas.